

La Colmena *Pliego de Poesía*

EDUARDO VILLEGAS GUEVARA

FULANA, LA BRUJA DE MIS SUEÑOS



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Número 79 • julio-septiembre de 2013

A la niña de chocolate
¿A quién más?
Si no existe ninguna otra hembra
custodiando mis sueños.

ILUSTRACIÓN DE PORTADA: *Fulana, la bruja de mis sueños* (2013).

Grabado: Francisco Quintana.

(Prólogo)

*Era una bola de lumbre que llegaba sin piernas.
Carecía de brazos y miraba desde un altar de recuerdos
con ojos sangrantes. Venía hueca y solicitando
una caricia que —¡Gracias Eros!— nunca le negué.*

La veo sin piernas y sin explicarme las ganas de morderla
—quizá imagino las llamaradas de sus muslos—.
Al hurgar bajo su lengua, doy con sus sueños.
En su boca no distingo restos de enanos triturados.
Fulana busca un hogar y sólo da con mis brazos.
Al capullo de mi cuerpo lo acrecienta su presencia.
Ella lo riega con la lengua y entonces nos llueve.
Con la humedad le crecen piernas para adentrarse a la vida.
Por la mañana, agotada por su vuelo nocturno,
se construye muslos con nubes de cielos derruidos
de esos que abundan en el cochambre de las casas.
Armada de nuevos pasos se echa encima de mi espera
y desde ese momento me sobran motivos para amarla
—esas lluvias, por ejemplo, son buena razón—:
querré por siempre a Fulana, la bruja de mis sueños.

En torno al cazo de Fulana

Se mete a mi cuerpo hasta saciar su hambre de raíz.
Construye rehiletes con mis ojos y golpea mis huesos
para blanquear mi aliento con su eternidad.
Seré sincero y diré que los mejores orgasmos
los obtenemos desde lejos: la carne es caprichosa.
A veces le sumamos a la piel algún misterio
y nuestros cuerpos se impregnan de cantos lejanos.
Nos amamos (cuando junta mis nubes en su cielo
y evapora mis dragones y serpientes) a toda piel.
La amo cuando la veo con aquella cuchara
—con la vista baja, concentrada en su labor—
meneando ingredientes en el cazo sobre la lumbre
(dos lenguas, dos tubérculos del vientre,
siete gotas de saliva ardiente y muchos más)
que adquieren el sabor idéntico de mi alma.
Así me derrito en la sazón perfecta del puchero.

El monigote del bosque

Fulana aparece en una leyenda del bosque:
junto al vagabundo de los sesos chupados.
Quieto es su nombre y *Tristeza* su apellido.
En invierno se acerca al pueblo con una palabra
que se le ahoga en la boca y permanece inédita.
La historia habla de un galán vuelto al revés:
se culpa a la bruja de ello, pues dejó de amarlo
y lo abandonó en el bosque a su triste suerte.
Fulana, ¿son ciertas esas murmuraciones?
Se carcajeó y en una pausa comentó: ese hombre
jamás tuvo sesera buena, pero siempre resulta más fácil
culpar de la estupidez masculina a las hembras.
Yo pensé en poner mis barbas a remojar,
pero Fulana adivinó mis pensamientos.
No te preocupes por esa historia y bésame toda:
besar intensamente es una gran aventura
y el primer síntoma de la inteligencia —dijo—.
Yo seguí sus instrucciones, sin pensar siquiera
que me convertiría en el monigote de Villa Tollocana.
La besé toda, pues todo en ella era besable,
y las dudas que una vez tuve jamás volvieron.

Los vuelos de Fulana

No siente ninguna predilección por los aquelarres.
Pero cómo suprimir mi congoja por sus vuelos?
En la luna nueva muerde orejas de espantapájaros
y suele enterrarse bajo las arenas de los tulipanes.
Es una bola de fuego que sale de mis sueños
y cuyo trayecto aumenta la sed de algunos otros.
A Fulana le gusta desperdiciar sonrisas
en los hombros de algunos cadáveres.
Vuela para probar salivas y aromas extraños.
Claro que me punzan los ojos al verla partir
y siento ganas de quemarla en leña verde.
El corazón se apacienta cuando regresa
y se pone a lamer las lágrimas que me provoca.
Ha compartido sus oquedades, pero no es de nadie.
Fulana tiene la conciencia de pertenecerse a sí misma
y puede cruzar cuantos cielos quiera con esa certeza.

Fulana, toma nota

A mediodía resulta difícil robarte algún sueño.
Hasta el sol te respeta. El único atrevido soy yo.
¿Cómo no beber en el cazo de tu cuerpo?
¿Cómo no hurgar en las entrañas de tu deseo?
Si lo más difícil, Fulana, es no amarte.
Al mirarme en el espejo, tus brazos rodean mi cuello.
Camino bajo el sol con tu sombra injertada en mis pasos.
Es bochornoso, pero suspiro y brotas entera de mi pecho.
Tenlo en cuenta, Fulana, para que no desdeñes mis ganas.

Fulana bajo la luna

Hay lunas que la enloquecen, la trastornan.
La vuelven una hembra peluda que sangra por el alma.
Aúlla por la suciedad y el hollín que las noches heredan.
Una vena se le revienta o se le pudre un ojo.
No prueba bocado y se siente una rana ponzoñosa,
indigna de saltar a mis brazos, justo a su nicho.
Pasa su fealdad y los granos del cutis desaparecen.
Se recorta las uñas de las manos y de los pies
que me rasgaban el cuello y la espalda.
Es muy cierto que la luna la vuelve horrorosa.
Se le descose un brazo y se le zafa una falange.
Pero, pasados sus cinco días de pudrición,
reverdece como esmeralda desenterrada de mis ojos
y la beso con estos labios gigantescos
que siguen creciendo cuando la amo,
aunque Fulana siga enloquecida por la luna.

La llamaron bruja, siendo hada del bosque

El bosque le guarda un sitio y, hermana de las raíces,
también pierde las hojas y luego reverdece.
La he visto flotar sobre la corriente de los arroyos,
cuando suele ser agua fresca para el sediento.
¿Por qué danzas con los pies desnudos?
Acaricio la tierra —dice—; jamás voy a pisarla.
Las aves equivocan el vuelo cuando sale del bosque
y los perros de la villa ladran porque huele a hierba.
A pesar de las ramas quebradas de sus piernas
tiene otro bosque adentro, con su pubis de manantial.
Como hada que es, me brinda sombra y dulces vientos.
Esta misma fortuna les otorgó a otros villanos,
pero les retiró sus dones y ellos la maldijeron
y la dotaron de esta perversa fama en la comarca,
donde suelo ser el único bastardo que la ama sin recato.

Larga espera por Fulana

Te quiero —dije. Iguanas ranas —respondió.
Estiró las piernas y se metió en mis sueños.
Su risa silenciosa viaja en la tibieza de mis brazos.
Yo no dejo de pensarla en insanas diabluras:
que se masturba hasta extirparse varios orgasmos;
que alguien se acerca a sus cálidas nalgas;
que merodean los contornos de su pubis.
Fulana suele sonreír con una dulzura condescendiente.
porque me pongo celoso de mis propias alucinaciones.
Se eleva y me deja pasmado hasta su próximo vuelo.
La bribona se va lejos y sólo es promesa su regreso.
Aún cuento con algo del olor de su humedad
—su esencia ya muy diluida entre las uñas—,
y mientras aspiro su recuerdo, me jalo los cabellos,
porque la espera por Fulana será demasiado larga.

El aterrizaje de Fulana

Yo procuro que la caza sea buena:
un buen venado y una docena de perdices.
Retornará a mi hoguera tarde o temprano.
Con los días voy apilando leños y ganas.
Fulana no gusta de volar en línea recta.
No teme someter sus alas a entregas fugaces,
ni levantar cadáveres en valles sin esperanza.
Mientras cruzo los dedos de las manos,
de los pies y del alma, yo quiero esperarla.
El aterrizaje sucederá en cualquier momento.
Atizo el fuego, bajo ese firme pensamiento.
Le desplumo las perdices y volteo al venado
para que sus carnes se cuezan al parejo.
Ayer la esperé, hoy igual y lo haré por siempre,
con la paciencia infinita con que el amor me dota.

Penumbras milagrosas

Las penumbras tienen sus zonas milagrosas.
Fulana se saca los ojos y pone su rostro en el suelo.
Su propia pasión la arrastra hasta borrarle la nariz.
Toma sus angustias y las introduce en sus orejas.
Sus pesares la dejan sorda porque hierven de gusanos.
Toda ella es un pozo infinito de deseos...
Sus caracoles panteoneros avanzan por sus piernas
hasta deshacerse en mi lengua llena de baba.
Yo soy un bicho extraño, medio cegatón y chimuelo,
con una esencia fétida por estas siete soledades.
Pero Fulana está tan fuera de sí (con la nariz tallada
y la sordera agusanada), que se enamora de mí.
Yo permanezco al amparo de la penumbra tres noches,
para consolidar el milagro de que ella me quiera.

Esquina para Fulana

Hoy, muchos besos y muchas lágrimas después,
acabo de verla en la esquina de la plaza
con medio cuerpo tembloroso y el resto arrugado.
Toda ella era una larga lista de oquedades
y sostenía su barbilla con los nudillos,
mientras su mirada vagaba en el horizonte.
Apenas pude pararme enfrente y recordarle
—con mi saco de sueños astillados al hombro—
que quise ser el lobo que aullara a sus lunas.
Ella, que nació para ser buena, me sonrió
como si mi cariño aún anidara en su corazón.
¿Qué suelen hacer un par de viejos sin amor
que ya no perciben ni recuerdan las desgracias?
Sólo abrirse de par en par las puertas del alma.
Aunque lejos, siempre tendrá en mi piel su casa...
Por eso me encanta volver a la esquina de la plaza.
Aquí, donde camina este solitario que tanto le canta,
Villa Tollocana es el sitio donde patenté el amor:
un delicado sentimiento que corre por mis sueños.

Confesión del monigote de las dos antorchas

Para confesarme bastan estos labios calcinados,
testimonio perenne de mis tardes a su lado.
Yo, el monigote de las dos antorchas,
en plena posesión de todas mis lágrimas
y con una desmedida cantidad de silencios,
confieso que mi lengua se curtió en su sexo.
Las sombras de siete gatos —debo agregar—,
se balanceaban por la ventana y en la horca
y, mientras ofrendaban sus siete vidas,
ella se dejaba querer y yo la desbarataba.
No era poca cosa su silencio y sólo por eso
todo mi ser la perseguía hasta encontrarla.
Que la presente confesión se guarde en este tronco,
mientras el lobo que no fui merodea de cerca la esperanza.

(Epílogo)

*Con sus tardes levanté un altar de luz.
A cambio, ella me dejó una ofrenda de sombras.
Sin embargo, no me importa este trueque fallido:
tengo la certeza de que Fulana será
la única y eterna bruja de mis sueños.*



Ex libris (2013). Grabado: Francisco Quintanar.

EDUARDO VILLEGAS GUEVARA. Estudió la Licenciatura en Literatura Dramática y Teatro en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Fundador y director de la editorial Cofradía de Coyotes. Ha recibido, entre otras distinciones, el Premio de Testimonio INBA-Chihuahua (1987), el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen (1990) y la Presea Estado de México Sor Juana Inés de la Cruz (2004), en la categoría Artes y Letras, por su trayectoria literaria. Ha sido becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, dentro del programa Jóvenes Creadores; del FOCAEM, en la categoría Creadores con Trayectoria, y del Programa Internacional de Residencias Artísticas del FONCA y del Ministerio de Cultura de Colombia. Ha publicado los poemarios *Nace Gatatumba* (Los Lares Editores, 2007), *Lunares de Esmeralda* (Cofradía de Coyotes, 2013), *Gatatumba en la insula de la soledad* (Eterno Femenino Ediciones, 2013) y *Tres veces Gatatumba* (La Furia del Pez, 2013). También ha realizado cuatro antologías poéticas para la editorial Cofradía de Coyotes: *Soles de abril* (2009), *Lunas de octubre* (2009), *Sueños al viento* (2010) y *Caracoles extraviados* (2012).



SGC - UAEM
ISO 9001:2008
